

reconocía los méritos de este tipo de traducciones; para él, la Biblia de Lutero causa una extraordinaria impresión en el lector alemán por su carga de exotismo. Es verdad, sin embargo, que, según Goethe, sólo en la equivalencia perfecta con el original alcanza la traducción su más alto nivel. La teoría moderna está de su lado, y no del de Meschonnic, pero ¿no puede la literalidad ofrecer en ocasiones recursos interesantes?

—A mi juicio, la traducción literal es enteramente contraria a la esencia de lo poético. Su utilidad sólo puede ser reconocida como una primera instancia de la traducción, como una fase puramente instrumental del proceso que conduce a la verdadera traducción. No digo que no pueda tener interés, pero sólo, a mi ver, dentro de ese momento concreto del proceso, como la larva que da paso al insecto. Ni Goethe ni Meschonnic son los únicos en defender tal o cual estrato de literalidad, que encierra cierto atractivo de presunta *fidelidad*. Recuerdo ahora, por ejemplo, a Nabokov, cuya traducción al inglés del *Eugenio Onegin* de Pushkin está llevada por la «santa literalidad». Dejo ahora aparte la indudable utilidad didáctica de esa clase de traducción, que, por lo demás, es bastante ilusoria, porque la literalidad absoluta no existe.

—*En 1995 vio la luz, en la Universidad de La Laguna, el Taller de Traducción Literaria, que tiene ya en su haber cinco traducciones editadas y otra ya terminada, pero aún sin publicar. Cuando promoviste la creación de este Taller, ¿cuáles eran tus propósitos?*

—Hace años que me rondaba la idea de un taller o un seminario sobre la traducción literaria y sus problemas. La intención básica era la de estudiar en él cuestiones como éstas de que estamos hablando, y otras parecidas. En 1995, el Centre de Poésie et Traduction del Centre Royaumont, en Francia, me invitó a participar en unas jornadas de traducción de mis poemas junto a algunos poetas franceses. El procedimiento era el de la traducción colectiva. Durante cinco días, un grupo de poetas franceses se reúne con un poeta extranjero y trabaja colectivamente en la traducción de unos pocos poemas. Interesa allí, sobre todo, el chispazo, el momento mágico del paso de la poesía de una lengua a otra, la circulación de la voz, la componente esencialmente oral de todo el proceso. El procedimiento, aun con sus imperfecciones, es muy atractivo. Invita a menudo a hablar de versificación, de léxico, de retórica; y, sobre todo, hace posible una especie de voz colectiva. Llevado por mi vieja idea, y estimulado por el ejemplo de Royaumont, animé a varios compañeros y amigos de la Facultad de Filología —tú recordarás bien aquellos días, porque fuiste de los primeros en incorporarte al proyecto— a crear el Taller de Traducción Literaria de la Universidad de La Laguna, cuyos objetivos son ante todo estudiar los problemas teóricos de la traducción y llevar a cabo diferentes trabajos prácticos de traducción literaria. En los pri-

meros libros ensayamos la traducción colectiva. Pero en el cuarto introdujimos la variante del estudio de las traducciones previas. Podía hacerse, en este caso: era la *Oda a una urna griega* de Keats. Reunimos unas veinte versiones: al español, al francés, al italiano, al alemán. Las leímos antes de hacer nuestra traducción, a la manera de los filólogos clásicos con el llamado «comentario contrastivo» de traducciones, pero no nos apoyamos en ellas para hacer la nuestra. En el libro siguiente, el *Diccionario de lugares comunes*, de Flaubert, practicamos la traducción «revisada» por el grupo. Es decir: el grupo examina y comenta colectivamente un trabajo de traducción previamente realizado por uno de nosotros. Un ejercicio utilísimo, una «práctica» aleccionadora para todos. Además del aspecto didáctico, nada desdeñable, todos aprendemos así a profundizar de una manera casi interminable en el texto traducido. El trabajo realizado está a la vista de todos, en los cinco libros que el Taller ha publicado hasta hoy.

—*Después de tus experiencias en Royaumont y en el seno del Taller de Traducción Literaria, ¿en qué crees que se diferencia la traducción colectiva de la traducción individual, tanto en relación al proceso como con respecto a los resultados?*

—La experiencia de Royaumont y la de nuestro Taller son diferentes, pero permiten sacar ciertas conclusiones. La traducción colectiva, en primer lugar, puede llegar a ser tan creativa como la individual o tradicional: tan creativa como lo sean los miembros del grupo que traduce. Mi experiencia es que la traducción colectiva reduce los errores y las «desviaciones» naturales e inevitables en la traducción individual. El texto que resulta de la traducción colectiva es más *objetivo*, más equilibrado que el tradicional, más cercano al texto de partida, en la medida en que la suma de personalidades que observan los diferentes niveles (semántico, sintáctico, retórico, fónico, etc.) de ese texto va más allá de la mera individualidad. Existe, claro está, una «dinámica de grupo», y he notado que, llegado el momento, se puede llegar a producir una maravillosa sintonía en la interpretación y las propuestas concretas de traducción del texto. Ha habido para mí, en la traducción colectiva, momentos casi milagrosos de hallazgos verdaderamente impensables fuera del contexto de la sesión de trabajo. No creo que la traducción colectiva sea mejor que la individual, ni a la inversa. Sin embargo, atestiguo la extraordinaria fecundidad —no sólo en lo creativo, sino también en el plano didáctico— de la traducción colectiva, método que de hecho se está extendiendo en diversos centros de traducción de Europa y de América y que interesa cada vez más, según compruebo cada día, a poetas de uno y otro continente. Pero en el Taller de Traducción Literaria hemos ensayado con éxito también otras fórmulas, como la traducción «revisada» colectivamente, y sus frutos no me parecen menos considerables.

—Una última pregunta. Me dirijo al poeta, al traductor y también al profesor de literatura. ¿Merece la traducción literaria ser considerada como un género literario, al igual que la poesía, el teatro o la narrativa?

—A mi ver, no sólo lo merece: casi lo reclama, hoy por hoy. Vale la pena estudiar, por ejemplo, a Ungaretti como traductor. O a Pound, o a Quevedo. Ese «género» permite ver los procesos de recepción, las mutaciones literarias, los transvases culturales. Una disciplina tan apasionante como compleja, según vienen poniendo de relieve hace tiempo en todo el mundo los *Translation Studies*, cuyo radio de intereses se expande cada día.

Guy Rochel



Gato, 1978

